

que me ha prestado y por sus acertadas sugerencias. He podido consultar varias publicaciones americanas difíciles de encontrar gracias a Margaret Powell, de la Universidad de Madison, a quien agradezco su valiosa ayuda y estímulo intelectual.

La Ciudad de las Damas

I

Aquí empieza
el libro de *La Ciudad de las Damas*,
cuyo primer capítulo cuenta cómo surgió
este libro y con qué propósito

Sentada un día en mi cuarto de estudio¹, rodeada toda mi persona de los libros más dispares, según tengo costumbre, ya que el estudio de las artes liberales es un hábito que rige mi vida, me encontraba con la mente algo cansada, después de haber reflexionado sobre las ideas de varios autores. Levanté la mirada del texto y decidí abandonar los libros difíciles para entretenerme con la lectura de algún poeta. Estando en esa disposición de ánimo, cayó en mis manos cierto extraño opúsculo, que no era mío sino que alguien me lo había prestado. Lo abrí entonces y vi que tenía como título *Libro de las Lamentaciones de Mateolo*². Me hizo sonreír, porque, pese a no haberlo leído, sabía que ese libro tenía fama de discutir sobre el respeto hacia las mujeres. Pensé que ojear sus páginas podría divertirme un poco, pero no había avanzado mucho en su lectura, cuando mi buena madre me llamó a la mesa, porque había llegado la hora de la cena. Abandoné al instante la lectura con el propósito de aplazarla hasta el día siguiente. Cuando volví a mi estudio por la mañana, como acostumbro, me acordé de que tenía que leer el libro de Mateolo. Me adentré algo en el texto pero, como me pareció que el tema resultaba poco grato para quien no se complace en la falsedad y no contribuía para nada al cultivo de las cualidades morales, a la vis-

ta también de las groserías de estilo y argumentación, después de echar un vistazo por aquí y por allá, me fui a leer el final y lo dejé para volver a un tipo de estudio más serio y provechoso. Pese a que este libro no haga autoridad en absoluto, su lectura me dejó, sin embargo, perturbada y sumida en una profunda perplejidad. Me preguntaba cuáles podrían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra bien en escritos y tratados. No es que sea cosa de un hombre o dos, ni siquiera se trata de ese Mateo-lo, que nunca gozará de consideración porque su opúsculo no va más allá de la mofa, sino que no hay texto que esté exento de misoginia. Al contrario, filósofos, poetas, moralistas, todos —y la lista sería demasiado larga— parecen hablar con la misma voz para llegar a la conclusión de que la mujer, mala por esencia y naturaleza, siempre se inclina hacia el vicio. Volviendo sobre todas esas cosas en mi mente, yo, que he nacido mujer, me puse a examinar mi carácter y mi conducta y también la de otras muchas mujeres que he tenido ocasión de frecuentar, tanto princesas y grandes damas como mujeres de mediana y modesta condición, que tuvieron a bien confiarme sus pensamientos más íntimos. Me propuse decidir, en conciencia, si el testimonio reunido por tantos varones ilustres podría estar equivocado. Pero, por más que intentaba volver sobre ello, apurando las ideas como quien va mondando una fruta, no podía entender ni admitir como bien fundado el juicio de los hombres sobre la naturaleza y conducta de las mujeres. Al mismo tiempo, sin embargo, yo me empeñaba en acusarlas porque pensaba que sería muy improbable que tantos hombres preclaros, tantos doctores de tan hondo entendimiento y universal clarividencia —me parece que todos habrán tenido que disfrutar de tales facultades— hayan podido discurrir de modo tan tajante y en tantas obras que me era casi imposible encontrar un texto moralizante, cualquiera que fuera el autor, sin toparme antes de llegar al final con algún párrafo o capítulo que acusara o despreciara a las mujeres. Este solo argumento bastaba para llevarme a la conclusión de que todo aquello tenía que ser verdad, si bien mi mente, en su ingenuidad e ignorancia, no podía llegar a reconocer esos grandes defectos que yo misma compartía sin lugar a dudas con las demás mujeres. Así, había

llegado a fiarme más del juicio ajeno que de lo que sentía y sabía en mi ser de mujer.

Me encontraba tan intensa y profundamente inmersa en esos tristes pensamientos que parecía que hubiera caído en un estado de catalepsia. Como el brotar de una fuente, una serie de autores, uno después de otro, venían a mi mente con sus opiniones y tópicos sobre la mujer. Finalmente, llegué a la conclusión de que al crear Dios a la mujer había creado un ser abyecto. No dejaba de sorprenderme que tan gran Obrero haya podido consentir en hacer una obra abominable, ya que, si creemos a esos autores, la mujer sería una vasija que contiene el poso de todos los vicios y males. Abandonada a estas reflexiones, quedé consternada e invadida por un sentimiento de repulsión, llegué al desprecio de mí misma y al de todo el sexo femenino, como si Naturaleza hubiera engendrado monstruos. Así me iba lamentando:

—¡Ay Señor! ¿Cómo puede ser, cómo creer sin caer en el error de que tu sabiduría infinita y tu perfecta bondad hayan podido crear algo que no sea bueno? ¿Acaso no has creado a la mujer deliberadamente, dándole todas las cualidades que se te antojaban? ¿Cómo iba a ser posible que te equivocaras? Sin embargo, aquí están tan graves acusaciones, juicios y condenas contra las mujeres. No alcanzo a comprender tamaña aberración. Si es verdad, Señor Dios, que tantas abominaciones concurren en la mujer, como muchos afirman —y si tú mismo dices que la concordancia de varios testimonios sirve para dar fe, tiene que ser verdad—, ¡ay, Dios mío, por qué no me has hecho nacer varón para servirte mejor con todas mis inclinaciones, para que no me equivoque en nada y tenga esta gran perfección que dicen tener los hombres! Ya que no lo quisiste así y no extendiste hacia mí tu bondad, perdona mi flaco servicio y dignate en recibirlo, porque el servidor que menos recibe de su señor es el que menos obligado queda.

Así, me deshacía en lamentaciones hacia Dios, afligida por la tristeza y llegando en mi locura a sentirme desesperada porque Él me hubiera hecho nacer dentro de un cuerpo de mujer.

nen unos miembros contrahechos que contrastan con su mente ingeniosa y espíritu malicioso. No conocen otro remedio a su impotencia que vengarse acusando a las mujeres que dan gozo a todos, porque así creen privar a los demás del placer que les niega su propio cuerpo.

»Quienes han acusado a las mujeres por pura envidia son hombres indignos que, como se encontraron con mujeres más inteligentes y de conducta más noble que la suya, se llenaron de amargura y rencor. Son sus celos los que les llevan a despreciar a todas las mujeres porque piensan que de esa forma ahogarán su fama y disminuirán su valía, como aquel infeliz, cuyo nombre no recuerdo, que en un tratado titulado pomposamente *Sobre la Filosofía* se esfuerza en demostrar que es indecoroso para un hombre tener consideración hacia una mujer, sea la que sea. Afirma que quienes den alguna prueba de estima hacia las mujeres pervierten el nombre mismo de su libro haciendo de «filosofía» una «filofolía», es decir, del amor a la sabiduría un amor a la locura. Ahora créeme, con todas las argucias y falacias que se permite, quien hace de su libro una verdadera «filofolía» es él.

»En cuanto a los que su naturaleza lleva a maldecir, no hay que extrañarse de que hablen mal de las mujeres. Te aseguro, sin embargo, que todo hombre al que le guste hablar mal de las mujeres es poco honrado y bajo de espíritu, porque actúa a la vez en contra de Razón y Naturaleza: en contra de Razón porque es de seres ingratos no reconocer todo el bien que les hacen las mujeres con tan generosos dones, que nadie podría devolverlos por mucho que quisiera, y además siempre seguirán necesitando a las mujeres. Va en contra de Naturaleza porque no hay bestia ni pájaro que no busque naturalmente su otra mitad, es decir, la hembra; por lo tanto, no es natural que un hombre dotado de razón haga justo lo contrario.

»Como no hay obra tan digna de alabanza que no tenga su contrahechura, muchos son los que alardean de escribir; les parece que no pueden equivocarse si otros ya han escrito lo que ellos quieren decir, y así les da por difamar. Es una especie que conozco bien. Algunos se ponen a escribir versos sin esforzarse en pensar y guisan unos poemas a modo de insípidos caldos. Otros hacen remiendos vistiendo facticias baladas que hablan de

costumbres principescas, de toda clase de personas y por supuesto de mujeres, pero ellos son incapaces de reconocer y enmendar los defectos de su conducta. Eso no impide que al profano, que anda tan desprovisto de juicio crítico como ellos, todo esto le resulte maravilloso y lo mejor del mundo.

IX

De cómo Cristina cavó la tierra, es decir, de las preguntas que hizo a Razón y de las respuestas de esta última

»Ahora queda diseñada la gran obra que he preparado para ti —me dijo Razón—, sólo tienes que esforzarte en cavar la tierra, siguiendo la línea que yo te he trazado con mi regla.

Obedeciendo sus órdenes empecé a cavar con todas mis fuerzas:

—Señora mía, ¿cómo es posible que Ovidio, al que llaman el Príncipe de los Poetas —aunque algunos, entre los cuales me cuento, y vos me podéis corregir, estiman que esos laureles deben atribuirse a Virgilio—, haya hablado tan mal de las mujeres en sus poemas, en el *Ars amandi* o bien en el *Remedia amoris* y en algunas otras de sus obras.

Razón me contestó:

—Sí, Ovidio poseía el arte y la ciencia de escribir versos y su viva inteligencia brilla en todos sus poemas, pero se hundió en la vanidad y en los placeres del cuerpo. No le bastaba con una sola amante sino que poseía cuantas le permitían sus fuerzas, sin contenerse, sin mostrar lealtad ni interés hacia ninguna. Llevó esa clase de vida mientras le duró la juventud y recibió a cambio lo merecido en tales circunstancias: quedó deshonorado, mutilado y arruinado. Fue condenado al exilio por su lujuria tanto en sus actos como en sus escritos, donde aconsejaba a los demás la suerte de vida que había elegido. Asimismo, cuando fue revocado su exilio gracias a la intervención de sus partidarios, jóvenes romanos cercanos al poder, se apresuró a caer en los mismos desórdenes por los que había sido condenado y fue por esto castigado y desfigurado, castigado así en su propio cuerpo. Todo es

to tiene que ver con lo que te decía antes: cuando vio Ovidio que ya no podía llevar aquella vida que tantos placeres le había dado, empezó a atacar a las mujeres con unos hábiles razonamientos con la intención de convertirlas en objeto de repulsión para los demás.

—Así es, verdaderamente, Señora mía. Yo conozco el libro de otro autor italiano, llamado Checco d'Ascoli⁵, originario, creo yo, de las Marcas de Toscana, que tiene un capítulo donde habla pestes de las mujeres. Es un lenguaje que sobrepasa lo imaginable y que ninguna persona sensata quisiera reproducir.

—No te extrañe, hija —me respondió—, que Checco d'Ascoli haya hablado mal de las mujeres, porque aborrecía a todas y las odiaba. Su perversión le llevaba a intentar que todos los hombres compartieran su odio hacia ellas. Tuvo, sin embargo, su justo premio, ya que pagó sus ultrajes con una muerte infame en la hoguera.

—Conozco otro opúsculo en latín, llamado *Secreta mulierum*, *Los secretos de las mujeres*⁶, que sostiene que padecen grandes defectos en sus funciones corporales.

Ésta fue su respuesta:

—La experiencia de tu propio cuerpo nos dispensará de otras pruebas. Ese libro es un puro disparate, una verdadera antología de la mentira, y para quien lo haya leído queda bien claro que no encierra ninguna verdad. Ahora bien, dicen algunos que lo escribió Aristóteles, pero ¿cómo creer que un filósofo tan grande haya cometido tales dislates? Como las mujeres pueden saber por su propia experiencia corporal, algunas cosas de este libro no tienen más fundamento que la estupidez, por lo que se puede deducir que otros puntos son otras tantas patentes mentiras. ¿No te acuerdas de cómo al principio del libro afirma que no sé qué Papa había amenazado con excomulgar a cualquier hombre que se atreviera a leerlo a una mujer o a ponerlo en sus manos?

—Sí, me acuerdo.

—¿Sabes con qué mala intención se ofrece esa estupidez a la credibilidad de hombres ingenuos y necios?

—No, Señora mía, tendréis que explicármelo.

—Quien lo escribió no quiso que las mujeres se enteraran de lo que afirmaba, porque sabía que si ellas lo leyeran u oyesen

leer se percatarían de que sólo son disparates y lo refutarían entre burlas; con esta artimaña, creyó el autor poder engañar a los hombres que lo leyesen.

—Me acuerdo, Dama mía, entre otras cosas, que después de un largo discurso donde afirma con insistencia que si el cuerpo que se forma dentro del vientre de una madre es el de una hembra, se debe a una flaqueza y debilidad natural, el autor sigue diciendo que Naturaleza se avergüenza de haber hecho una obra tan imperfecta como es el cuerpo femenino.

—Ahí ves, querida amiga, la gran locura, la ciega cerrazón que le lleva a sostener tales despropósitos. ¡Cómo Naturaleza, discípula del Divino Maestro, iba a tener más poder que quien le confiere su autoridad! Dios tuvo en su pensamiento eterno la idea del hombre y de la mujer. Cuando quiso sacar a Adán del limo de la tierra en el campo de Damasco, así lo hizo y llevóle hasta el Paraíso Terrenal, que era y sigue siendo el sitio más hermoso de este mundo. Allí lo dejó dormido y formó el cuerpo de la mujer con una de sus costillas para significar que ella debía permanecer a su lado como su compañera, no estar a sus pies como una esclava, y que él habría de quererla como a su propia carne. Si el Soberano Obrero no se avergonzó creando el cuerpo femenino, ¿por qué Naturaleza habría de avergonzarse? Decir esto es el colmo de la necedad, y además ¿cómo fue formada la mujer? No sé si te das cuenta de que fue formada a la imagen de Dios. ¿Cómo puede haber lenguas que renieguen de una impronta tan noble? Sin embargo, hay locos que creen, cuando oyen decir que Dios hizo al hombre a su imagen, que se trata del cuerpo físico. Nada más falso, ya que Dios aún no había tomado cuerpo humano. Al contrario, se trata del alma, reflejo de la imagen divina, y esta alma, en verdad, Dios la creó tan buena y noble, idéntica en el cuerpo de la mujer y del varón. Como decíamos, la mujer ha sido hecha por el Soberano Obrero en el Paraíso Terrenal y ¿de qué sustancia? No de vil materia sino de la más noble jamás creada, puesto que Dios la hizo del cuerpo del hombre.

—Por lo que me decís, Dama mía, la mujer es una creación muy noble. Sin embargo, dice Cicerón que un hombre no debe nunca servir a una mujer porque ponerse al servicio de alguien menos noble que uno mismo sería envilecerse.